

Cambiar Europa

Hablar hoy del futuro de Europa no es un ejercicio de prospectiva complaciente. Es, sobre todo, una manera de interrogar el presente. El futuro europeo se está decidiendo ya en un escenario internacional profundamente transformado, marcado por la rivalidad entre grandes potencias, la guerra, la ruptura del orden multilateral, la revolución tecnológica, la emergencia climática y una creciente contestación de las democracias liberales por una nueva derecha radical de alcance global.

Partimos de una constatación incómoda: la Unión Europea (UE) continúa siendo una extraordinaria experiencia de integración política, económica y jurídica, pero sus éxitos del pasado no garantizan su estabilidad futura. Durante décadas, Europa pudo confiar en un entorno internacional relativamente estable y ordenado, en la expansión del comercio global y en los beneficios económicos de la interdependencia. Ese mundo se está desvaneciendo. La cuestión que emerge es qué margen conserva la UE para actuar autónomamente en un mundo en el que otros actores están dispuestos a utilizar el poder económico, militar, tecnológico y energético para imponer sus intereses.

La guerra de Ucrania y la creciente confrontación geopolítica han devuelto al primer plano la cuestión del poder. Europa ha descubierto, quizá con retraso, que la prosperidad no puede sostenerse indefinidamente sin seguridad y que la defensa de un orden basado en reglas exige también capacidad para hacerlas valer.

En este contexto, las fronteras exteriores de la Unión constituyen uno de los principales laboratorios de sus contradicciones. La cuestión migratoria

no puede reducirse a una disyuntiva entre apertura y control. Europa necesita fronteras capaces de garantizar la seguridad, pero también políticas migratorias que sean sostenibles, eficaces y compatibles con el derecho internacional y los valores que la propia Unión proclama. El problema se vuelve todavía más complejo cuando la migración es instrumentalizada por actores estatales como mecanismo de presión política. Las amenazas híbridas muestran que las fronteras contemporáneas son también espacios digitales, informativos y políticos.

Y aquí aparece uno de los retos fundamentales que atraviesan todos los debates sobre el futuro europeo: la defensa de la

democracia. El sistema democrático europeo se enfrenta simultáneamente a amenazas externas y a tensiones internas. La desinformación y la manipulación algorítmica, la injerencia extranjera, los ciberataques contra instituciones y procesos electorales y la polarización política se combinan con fenómenos internos como la desafección ciudadana, la pérdida de con-

fianza en las instituciones, el avance de discursos iliberales y la creciente dificultad para alcanzar consensos en sociedades cada vez más fragmentadas.

El problema no consiste únicamente en proteger elecciones o instituciones frente a interferencias externas. También está en juego la calidad de la esfera pública democrática. La transformación tecnológica ha multiplicado las posibilidades de acceso a la información, pero también ha facilitado la circulación de contenidos falsos, la segmentación extrema de las audiencias y la creación de espacios de opinión cada vez más impermeables entre sí. Una

El futuro de Europa no dependerá únicamente de su capacidad para resistir las amenazas externas. La Unión Europea necesita ser capaz de actuar, pero también necesita preguntarse en nombre de quién y en beneficio de quién actúa.

democracia puede conservar formalmente sus instituciones y, sin embargo, deteriorarse si sus ciudadanos dejan de confiar en que las reglas son justas, en que las elecciones son legítimas o en que las instituciones son capaces de responder a sus problemas.

Una Unión que aspire a ejercer mayor poder hacia el exterior deberá reforzar simultáneamente su legitimidad hacia el interior. Esta tensión atraviesa también el futuro de la gobernanza institucional europea. La UE ha desarrollado una arquitectura extraordinariamente sofisticada, pero también difícil de comprender, lenta en ocasiones y vulnerable a los bloqueos derivados de la diversidad de intereses nacionales. En última instancia, se trata de determinar dónde debe residir la capacidad de decisión en una Unión que pretende actuar como actor geopolítico sin haber resuelto plenamente la cuestión de su legitimidad democrática y de su capacidad de acción.

El nuevo tablero político europeo añade una gran dificultad. Durante buena parte de la historia de la integración, la construcción europea descansó sobre una amplia convergencia entre fuerzas políticas europeístas. Esa gran coalición, aunque nunca fue completamente homogénea, permitió avanzar en momentos decisivos. Hoy, sin embargo, su estabilidad se resquebraja. El ascenso de fuerzas nacional-populistas, junto con una aproximación creciente también de algunos partidos liberal-conservadores a la agenda ideológica de la "batalla cultural" de la nueva derecha radical (el caso español es paradigmático), plantea una cuestión que trasciende las mayorías parlamentarias: ¿puede mantenerse el proyecto europeo sobre la base de un consenso político que ya no existe en los mismos términos?

La respuesta dependerá en buena medida de la capacidad de Europa para ofrecer resultados tangibles. Y aquí aparece la economía. La agenda de competitividad se ha convertido en una prioridad central porque la Unión no puede aspirar a autonomía estratégica si pierde capacidad industrial, tecnológica y productiva. El mercado único sigue siendo una de las grandes ventajas estructurales europeas, pero necesita ser profundizado y acompañado de inversión, innovación, energía competitiva y acceso a capital. Pero la competitividad no debería convertirse en una palabra mágica capaz de justificar cualquier política. Europa no compite únicamente mediante costes y productividad; compite también mediante

la calidad de sus instituciones, de sus servicios públicos, de su capital humano y de su modelo social. El verdadero desafío consiste en demostrar que prosperidad, cohesión social y transición ecológica pueden reforzarse mutuamente en lugar de presentarse como objetivos incompatibles.

La agenda verde constituye, precisamente, uno de los campos en los que esta tensión se manifiesta con mayor intensidad. La presión sobre las industrias europeas, el coste de la energía y la creciente preocupación por la competitividad han alimentado demandas de revisión, aplazamiento o flexibilización de determinadas políticas ambientales. El riesgo sería responder a estas dificultades mediante una simple retirada. La alternativa debería ser más ambiciosa: convertir la transición ecológica en una política industrial, tecnológica y de seguridad económica.

Finalmente, emerge el debate sobre la regulación. Europa ha construido una parte sustancial de su poder internacional mediante normas: protección de datos, competencia, medio ambiente, derechos de los consumidores o regulación digital. Esa capacidad normativa constituye uno de sus principales activos. Pero también existe un problema real de complejidad y carga administrativa. La cuestión decisiva es, por tanto, dónde termina la simplificación y dónde comienza la desregulación. No toda norma es una carga y no toda simplificación es progreso. Una Europa competitiva necesita regulaciones inteligibles, proporcionadas y previsibles, no necesariamente menos regulación. El peligro consiste en convertir la sedicente eliminación de obstáculos burocráticos en una erosión silenciosa de los estándares sociales, ambientales y democráticos que distinguen al modelo europeo.

El futuro de Europa no dependerá únicamente de su capacidad para resistir las amenazas externas. La Unión Europea necesita ser capaz de actuar, pero también necesita preguntarse en nombre de quién y en beneficio de quién actúa. La autonomía estratégica, la competitividad, la transición ecológica y la reforma institucional solo tendrán sentido si contribuyen a preservar una democracia capaz de responder a sus ciudadanos. La socialdemocracia, el ecologismo y el progresismo democrático deben jugar por tanto un papel crucial para garantizar que la UE avanza en coherencia con sus valores fundacionales. **TEMAS**